

VOY a meterme en un terreno tan delicado como es el de que no sé nada de climatología, ni meteorología, ni astrofísica, ni la paleoclimatología, esa ciencia que estudia los ciclos anteriores en nuestra historia, ni muchísimo menos ser técnico en hidrología, aunque me gusta aprender de los que saben. Todo esto no tiene nada que ver con el derecho que me asiste de opinar o de levantar la liebre en época como la actual en que nadie se preocupa del gran problema que tenemos encima por los efectos de la sequía tan prolongada y vamos por el mismo camino de años anteriores si es que las lluvias no lo arreglan y se toman medidas al «anticiclón de las Azores» que tenemos casi siempre estancado en el Atlántico, que dicen que tiene la culpa de que no llueva.

Hay un gran artículo de Alfonso de la Serna en un importante periódico de Madrid donde se hacen algunas preguntas muy interesantes.

Se habla por ejemplo del agujero de la capa de ozono y el «efecto invernadero» y Astrom, el primer hombre que puso el pie en la Luna y que además de astronauta, es hombre de ciencia versado en astronomía y meteorología y dice, que no hay hasta ahora ninguna demostración científica segura que permita afirmar que las variaciones en la capa de ozono influyen en su supuesto calentamiento de la tierra. El ingeniero geólogo francés Ambroggi, uno de los más expertos en hidrología de Europa, en una conferencia reciente decía que el agua en la Península Ibérica y el Magreb, dos fenómenos meteorológicos descubiertos en 1922 todavía poco estudiados, influyen sobre nuestra zona geográfica, uno situado en el Pacífico y el

otro en el Atlántico Norte, cuyas aguas marinas producen en sus corrientes calentamientos periódicos con repercusiones planetarias en la atmósfera, dejando como consecuencia las inundaciones de California recientes o en el norte de Europa o la actual sequía en la Península y norte de África, cuyas corrientes son aún enigmáticas.

En tiempos de Lope de Vega ya se decía en España «o se secan las fuentes o allá se van las puentes» y en nuestra historia murciana nuestros antepasados huertanos se pasaban la vida, la mitad mirando al cielo a ver si llovía y la otra mitad mirando al suelo por la devastación de las inundaciones.

Y lo cierto es que a estas alturas todo el mundo se ha cruzado de brazos en el peor de los años que ya llevamos a cuestas en esto de la sequía.

No se ha llegado a reducir el caudal ecológico del Tajo, no sabemos cómo será el próximo verano si esta situación se mantiene, ni nadie se acuerda del Plan Hidrológico Nacional, no se sabe nada del cambio de toma del Canal de las Aves antes de Aranjuez, del trasvase del Jarama al Tajo, cambio de sistema de refrigeración de la central nuclear de Zorita y la reducción del caudal ecológico del Tajo de seis metros cúbicos a tres metros por segundo. Y se dice que si se aplicaran estas medidas el próximo año habría 150 hectómetros cúbicos para atender los regadíos y que de lo contrario tendríamos que olvidarnos del Tajo. Es más importante pensar en lo que se avecina que en lo que ha pasado y aunque cambiara la climatología, que no es precisamente una ciencia exacta, las medidas se tendrían que tomar de todas formas hasta llenar los

pantanos. Por otra parte, últimamente hemos leído que el Ministerio de Industria se niega a rebajar la tarifa eléctrica para la desalación del agua, como la tienen rebajada determinadas industrias como el sector del aluminio gallego y Española del Cinc en Cartagena. Si hay fórmulas de desalación que pueden ayudar a resolver el problema de los riegos y el gran tema de la sequía, ¿no es éste tan importante o más que los demás? este asunto no es para dejarlo en brazos cruzados.

Hay otro problema no tocado todavía y que es el del agua que se va al mar en diversos ríos españoles. Algunos que van al Atlántico por Portugal y el Ebro al Mediterráneo. Sobre este tema escribí hace unos meses un artículo que trasladé a la Prensa regional y nacional y sólo se publicó el texto íntegro —que yo sepa— en el Diario 16. El ABC y La Opinión me recomendaron la reducción del texto a 18 líneas. El resto no lo sé y La Verdad no dijo «ni pío». Se trataba del agua de los ríos que vierten al mar, donde el agua se desperdicia con pelos y señales y no hay opiniones de regiones de unas contra otras porque es agua escapada al mar. Con la tecnología moderna que existe hoy para la canalización y la traída de agua si hiciera falta en centenares de kilómetros, como ya están haciendo en Estados Unidos, Canadá, India, Israel y México especialmente, aunque otros países de Europa también lo están haciendo, algunos de ellos con conducciones acuáticas o acueductos para el trasvase de largas dis-

tancias. O sea, que proyectos nacionales e internacionales de trasvases de largos recorridos los hay bastantes y de acuerdo al mismo tiempo con las reservas hidrológicas de esos países. Claro que esto se hace cuando hay espíritu de previsión y de solidaridad, todo menos esperar a que un día no haya una gota de agua para beber. Éste es un problema que debería estar cada día sobre la mesa, sin pasar a otro hasta que se resolviera de una «pajolera» vez. Medidas hay que tomar ya, y medios existen que juegan a favor del tiempo, o lo que es lo mismo que el problema se agrava si se invierte el tiempo. Lo que no se puede es creer que la solución está en indemnizar a los agricultores con grandes cantidades los efectos de la sequía y reducir los consumos del agua en el grifo. Aunque por la gravedad del asunto es bueno mentalizar a la gente consumidora que el agua es un bien común muy escaso y hay que racionalarla lo mejor posible tanto en los regadíos como en el consumo doméstico y que no tiene nadie la propiedad, porque nace lejos de nuestra puerta y su destino es muy lejos también. El hombre quiere ser propietario del agua y no lo hace con el aire porque no puede. Y luego dejamos a cientos de hectómetros cúbicos pasar tranquilamente, que el agua vaya al mar sin haber movido un dedo para impedirlo y luego los mueve todos para lamentarse.

Diego Riquelme
Octubre 1995